

Una clase de anatomía

Huinay, 29 de octubre de **1994**. Aproximadamente a las cinco de la tarde se suspendieron las faenas de la embarcación. Estábamos avisados para el espectáculo de esa semana: el sacrificio de una vaca que según decían no podía mantener a su cría.

Se escuchaba a lo lejos un motor, la res era traída en un bote que cruzaba las tranquilas aguas del fiordo Comau y era ubicada cerca de la playa, atándola a un poste, su patíbulo. Los espectadores, colonos y estudiantes de diseño, se esparcieron en círculos concéntricos alrededor del animal. El animal fue acuchillado, pero los verdugos no apuntaron bien, pues emanaba sangre pulverizada, señal clara de que la estocada no había llegado al corazón, sino a algún punto de la tráquea. Los verdugos se retiraron un paso y la agonía duraba unos minutos en silencio interrumpidos solo por el jadeo del animal. Las reses de un corral se acercaron, en masa alertadas. Por lo desprolijo del trabajo el animal aún se movía y tras una tercera estocada emanó un chorro de sangre a presión por la herida, la nariz y hocico. Su último gesto fue extender la lengua. Una vez muerta comenzaron las faenas del descuartizamiento. Transcurrió el primer acto.

El segundo acto comenzó después de una pausa, un descanso para los verdugos que ahora eran los descuartizadores: despellejan una mitad de la res, cortes del cuero a nivel de las patas y con destreza la desollan en alrededor de diez minutos. En los mirones existió un cambio en sus líneas concéntricas: horrorizados se acercaron a ver una clase de anatomía. El volumen de la res aún se conservaba, pero sus colores de a poco constituyeron un acto visual.

Segunda pausa y Pato, el verdugo, trajo unas maltas y nos convidó. Lo que siguió era la partición

del animal. El cuerpo estaba unido por el esternón, pero al abrirse se vio el colorido volumen interior: las tripas. La carne y la piel eran la cáscara del cuerpo y los órganos internos quizá el ochenta por ciento del volumen del animal. Pato pesó la paleta para determinar el peso en carne total: el animal dio 150 kilos. A continuación, vacían el interior y surgieron colores increíblemente regulares y brillantes: azules, rosados, celestes, verdes, amarillos, naranjas. Con esta abertura llegaron tres mujeres que se habían mantenido al margen con unas palanganas de plástico, para faenar las tripas mientras los hombres continuaban con las zonas de la carne. Ellas sabían hacer muy bien su trabajo, seleccionaron las panas y nombran todas las partes. Comentaron que la vaca tenía una cría de cinco meses, y buscaron hasta que descubrieron la bolsa embrionaria. Pato le hizo un tajo burdo, salió un líquido y luego las mujeres descubrieron la cría, que la sacaron y extendieron. De la madre ya casi no había rastro. En cambio la cría estaba ahí, brillante, perfecta y nonata.

Con ello el espectáculo declina, la gente comenzó a irse en silencio, y algunos fueron a ver nacer un novillo. Matanza y nacimiento en una misma tarde. En el lugar quedó solo el animal fragmentado, irreconocible. Finalmente se pesaron algunas partes, las mujeres lavaron las guatitas en el mar, algunos perros bebieron de los charcos de sangre que quedaban en los pastos y una vez terminada la faena se retiraron con sus amos.

Gaspar Arenas Acuña